

SERMON.

LA RESURRECCION DEL SALVADOR

ASEGURA LA DE NUESTRAS ALMAS

POR LA GRACIA.

PARA LA DOMINICA DE PASCUA.

(DE GONZÁLEZ.)

Surrexit, non est hic.

Resucitó, no está aquí.

S. Lucas, c. 16. v. 6.

Yo no sé si me engañan mis sentidos, ó si me hallo adormecido en el embeleso falaz de un lisonjero sueño. Apenas acierto á creer que este templo sea el mismo en que reinaba ayer el silencio mas aterrador, y en que los dias ántes resonaban los mas tristes ayes, los gemidos y lamentos mas dolorosos: con dificultad puedo persuadirme á que seais vosotros los mismos cristianos, que consternados á vista de tan lúgubres demostraciones, derramabais copiosas lágrimas por la muerte del objeto á que se dirigian: me es hasta cierto punto difícil asentir á que esta Madre, inundada de alegría, sea la misma que anegada en un llanto amarguísimo lamentaba su triste soledad.

Pero yo no debo privaros mas tiempo de la gloriosa nueva que vengo á comunicaros. Nosotras mismas lo hemos visto, decian las piadosas Marías á los arrepentidos discípulos; el sepulcro está abierto, y en el lugar que ocupaba nuestro amado Maestro, se halla un mensajero de la gloria, que lleno de resplandores y rebosando por todas partes la alegría que inunda

su corazon, nos ha dicho: no os molestéis: ya sé que buscáis el cadáver de Jesus Nazareno; pero en vano lo buscáis en el sepulcro; en vano lo buscáis entre los muertos: *surrexit*: ya resucitó lleno de gloria; ya reedificó el templo que con tan sacrilego orgullo quisieron arruinar los judíos envidiosos. *Surrexit*: ya se salvó á sí mismo el que habia salvado primero á los otros. *Surrexit*: ya triunfó de la envidia de los fariseos, de la crueldad de las turbas, de los horrores de la muerte y de la potestad del infierno aquel humildísimo Jesus, contra cuya vida conspiraban los hombres feroces reuniendo todas sus fuerzas. *Surrexit*: ya se reanimó la esperanza de los apóstoles, la creencia de los discípulos, el consuelo de los justos y la alegría de todos los mortales; porque si Jesucristo ha resucitado, segun su prediccion, es infalible que resucitaremos nosotros, como lo habia seguramente prometido; si Jesucristo ha resucitado, tambien han resucitado nuestras almas, saliendo triunfantes de la muerte del pecado á la vida de la gracia, así como lo ha salido él de la muerte del sepulcro á la vida de la gloria.

Justo, muy razonable es, cristianos, que nos entreguemos á los mayores trasportes de alegría: nunca me han parecido tan oportunas las demostraciones del mas excesivo regocijo, como en la presente festividad, que nos recuerda con la mayor expresion la época feliz de nuestra gloria: justo es que acompañemos á María en su júbilo y satisfaccion, ya que la hemos acompañado en su angustiada soledad.

Dadnos á conocer, ó Madre venturosa, lo que sentisteis al ver lleno de gloria aquel Hijo amado, cuya lastimosa muerte llorabais poco ántes con la mayor amargura: dignaos comunicarnos aquellos tiernos sentimientos que experimentasteis en su gloriosa aparicion, para que os imitemos en el modo posible. Esta gracia os pedimos rezándoos al efecto el *Ave María*.

No tuvieron otro motivo los judíos para odiar, perseguir y dar la muerte á Jesus Nazareno, que el carácter de Mesías y de Hijo de Dios, con que se daba á conocer á los pueblos; y como la verdad de esto pendia de la resurreccion que tantas veces habia profetizado, diciéndoles, que si destruían el templo, él lo reedificaria en tres dias, refiriéndose al templo de su cuerpo, trataban de ocultarla por todos los medios posibles, si llegaba á

realizarse. Á este fin, despues que á peticion de Josef de Arimatea fué sepultado su sagrado cadáver, pidieron licencia al presidente, para custodiar el sepulcro, por el temor de que los discípulos robaran el cuerpo de su maestro, para engañar por este medio al mundo haciendo creer que habia resucitado. Obtenido el permiso, eligieron los soldados de su mayor confianza, y sellada la enorme losa que cubria el sepulcro con un fuerte candado, les encargaron su custodia como un negocio de la mayor importancia. Pero ¡cuán vanas son todas las diligencias del hombre contra los decretos de la Providencia! Al amanecer el domingo, se rompe voluntariamente el candado; la pesada piedra se levanta contra su propia gravedad, y el cadáver, que al entrar en el sepulcro iba cubierto de sangre, desfigurado y deshecho por los tormentos, sale al estruendo de un inesperado terremoto, mas hermoso que los cielos, mas resplandeciente que los astros, mas glorioso que los ángeles. Los soldados atónitos á vista de tan brillantes rayos de luz caen por tierra despavoridos, y quedan inmóviles y como petrificados. Noticiosos los pontífices de este admirable suceso, que confundia su orgullo y trastornaba todas sus ideas, discurren, para ocultar á los hombres su noticia, un medio que por su desgracia solo sirve para evidenciar su obstinacion y su ignominia.

El Señor envía un ángel que descubre la verdad, publica la gloria y da testimonio de la resurreccion de Jesucristo. Él fué quien anunció esta gloriosa nueva á las piadosas Marías, que sumergidas en el mas profundo abatimiento por la ausencia de su Amado, iban al sepulcro con el designio de ungir su cadáver. Apénas las descubre, cuando con el mas expresivo regocijo les dice: *surrexit, non est hic*: vuestro Amado resucitó, segun lo tenia prometido: *non est hic*: no debéis ya buscarle en la hediondez de los sepuleros, porque si bien dejó á la muerte que ejerciera en él su furor por un momento, pero con su resurreccion embotó los agudos filos de su espada: *non est hic*: la muerte no ejercerá ya en él su tiranía, porque quedó vencida, despojada de todo su imperio en justo castigo de la insolencia con que osó acometer á la mas preciosa de todas las vidas. No temáis ya sus iras, pues se quebró la punta de su mortífero aguijon, se deshicieron sus fuerzas, se acabaron sus victorias. No temáis su furor, dice Isaías, pues este generoso vencedor, con la gloria de su triunfo, la precipitó á lo mas profundo del

abismo. Perdiste, infernal dragon, perdiste tu decantado poder y el dominio de que te jactabas sobre el hombre.

Sí, cristianos; el astuto Satanás fué vencido, derrotado completamente y preso en sus mismos lazos. Insensato! se determina á subir con arrogancia por el madero santo de la cruz, para hacer presa con la muerte en la humanidad del Redentor, ignorando que este era el cebo que le tenia preparado la sabiduría divina para destruir su imperio, quebrantar sus fuerzas, acabar de una vez para siempre con su reino; sí, por medio del poder irresistible de la Divinidad que se habia ocultado á su fina penetracion. Le acomete, se ceba en su carne, le despoja de la vida mortal; pero en el momento mismo descubre el ingenioso lazo en que habia sido enredado, y cubierto de una vergonzosa confusion se precipita desesperado en sus tenebrosas mansiones, y con turbada voz llama á sus indignos ministros, diciéndoles en medio de su rabiosa desesperacion: *Rex virtutum, dilecti, dilecti*: huyamos, amigos, huyamos que viene en nuestro seguimiento el Rey de las virtudes. Mirádle lleno de gloria y de majestad, cubierto de resplandores, rodeado de innumerables ángeles, que cantan su glorioso triunfo con las mas festivas aclamaciones. Huyamos, que ya llega resuelto á quitarnos los ricos despojos de nuestro reino. Huyamos...

Miserables! vuestra huída será inútil: el glorioso Vencedor os persigue con denuedo, os deja encerrados en vuestros hediondos calabozos, y por trofeo de su victoria arrastra en pos de sí á todos aquellos siervos que gemian oprimidos bajo el yugo insoportable de vuestra dominacion, y que llenos ahora de consuelo y alegría, cantan celestiales himnos en honor y gloria de su generoso libertador. Llegó el dia en que fuese hollado, abatido, pisado con desprecio por la poderosa planta de la Divinidad el orgullo que os habian infundido vuestras decantadas victorias: llegó el dia en que fuerais furiosamente atados con las irresistibles cadenas del Todopoderoso: llegó el dia en que se burlen de vosotros aquellos mismos que ántes se aterraban al sonido de vuestras espantosas voces. Ya no solo os desprecian los fuertes Sansones, los valientes Davides, los esforzados Macabeos; el cristiano mas débil, el jóven mas tierno, la doncella mas delicada, todos os vencen, todos os hacen huir avergonzados y confusos, con solo presentaros la bandera inmortal del glorioso Resucitado. En vano procuráis amedrentarlos con el

sombrío semblante de la muerte; ya no los espanta, ántes bien la desean, la solicitan, la buscan con empeño. La muerte no es ya para ellos una triste y funesta exterminacion, sino una adquisicion riquísima y llena de felicidad, porque si ántes triunfaba con insolencia de todo el género humano, se ha convertido ahora en instrumento de los triunfos mas gloriosos de los amigos del Señor; porque si ántes acababa con los hombres, los traslada ahora á una vida infinitamente mas feliz y bienaventurada que la que les arrebató. Temian, cuando seducidos por la serpiente astuta quedaron miserablemente muertos; mas cuando vieron pisada su orgullosa cabeza por la firme planta que quiso arrebatar para sí, taladrándola con un clavo agudo, ya la desafian seguros de la victoria. No, la muerte no puede ya vencer ni asustar á los que han vuelto á una dichosa vida por la resurreccion del Salvador.

Este, como dice el Apóstol, murió por nuestra muerte, y resucitó para nuestra resurreccion (1). Cuando el hombre, seducido por la soberbia, se precipitó en la desventurada muerte del pecado, se decretó para su remedio el asombroso misterio del Dios-Hombre; desde cuyo feliz momento este y todos los demas que habia de redimir de tan odiosa esclavitud, forman un solo cuerpo animado de un mismo espíritu. Todos éramos miembros de aquel dichoso cuerpo, cuya cabeza era Jesucristo: no perdonaron á esta la enfermedad ni la dolencia; y el pestífero cáncer, que tan furiosamente habia cundido por todos los miembros, llegó á inficionarla arrojando en ella su mortal veneno, y cargándola con toda su podredumbre hasta destituirla de la vida; pero esta misma cabeza, reanimándose del modo mas glorioso, vivificó igualmente é hizo participantes de la gloria de su resurreccion á todos y cada uno de sus miembros, dividiendo con ellos, ó por mejor decir, dando completamente á cada uno toda la gloria de su triunfo y todas las presas de su victoria, por un medio incomprensible á la débil razon. Desde entónces todos llevan por trofeo al dragon infernal y á todos sus ministros ignominiosamente encadenados, y á la fatal guadaña de la muerte hecha pedazos. En vano encenderá el infierno sus voraces llamas; estas no pueden ya alcanzar á los cristianos resucitados con Jesucristo; ó si llegaran á alcanzarlos, los apagarían con el

(1) I. Cor. c. 15. v. 21.

mas leve soplo; las harian desaparecer con una sola palabra, y desterrarían á los miserables espíritus á sus hondas cavernas, donde por toda una eternidad no serían capaces de atormentarlos de nuevo. En vano les tenderá asechanzas, pues todas las descubre y desbarata la sublime ciencia, que con la nueva vida les ha comunicado su cabeza; en vano les armará nuevos lazos, porque todos son débiles hilos ante sus poderosas plantas.

No te canses, indigno tentador; tu astucia quedará siempre burlada, tus tentativas sin efecto. No te canses en buscar las almas de los cristianos en la ocasion, en el peligro, en la violencia de las pasiones, en ninguna de las circunstancias en que ántes lograbas vencerlas con toda seguridad. No busques en las riquezas el alma del avariento, que al punto se te presentará el ángel cercado de resplandores, y te dirá, *surrexit, non est hic*: ántes de morir, amaba ciegamente los intereses; despues de resucitado, los desprecia, los pisa con la mayor ignominia. No busques el alma del deshonesto en el sepulcro de sus criminales placeres, que su dichoso tutelar te saldrá al encuentro, diciéndote, para mayor confusion, *surrexit, non est hic*: es verdad que se dejó vencer del poderoso cebo de los deleites de la carne ántes que muriera, pero despues de haber resucitado, perdieron para ella todo el atractivo con que la arrastraban ántes, por haber conocido el veneno que ocultan. No busques el alma del rencoroso en las venganzas, que su felicísimo custodio te responderá inundado de placer, *surrexit, non est hic*: en otro tiempo la venció, le dió la muerte la implacable enemistad; pero ya que ha recobrado la vida por un amor que no tiene semejante, dispensa á todos sus hermanos el mayor afecto; los ama como á sí misma, y está dispuesta á sacrificarse completamente por los que ántes eran sus enemigos. No busques al sacrilego en sus profanaciones, al súbdito en su inobediencia, al superior en su desidia, al gloton en sus excesos, al murmurador en su maledicencia; no busques el cadáver del pecador en el sepulcro de sus vicios, que solo encontrarás para tu confusion levantada la losa, caídos por tierra los guardias y lleno de regocijo el ángel encargado de custodiar su alma, que te dirá con indecible júbilo, *surrexit, non est hic*. Pensabas, ignorante, que haciéndolos una vez presa de tu crueldad por la muerte de la culpa, asegurabas para siempre la posesion de sus almas; pero por fortuna se han convertido contra ti tus astutos é infernales

designios. Un David no conocia el peligro hasta que tú conseguiste derribarle; un Pedro se burlaba de su flaqueza hasta que por ella le venciste; un Agustin creía tus engaños hasta que le precipitaste con ellos; pero estos y todos los demas que lograste seducir, son hábiles despues de haber resucitado; todos son fuertes, celosos, despues que una triste experiencia los ha desengañado, y triunfan con la mayor facilidad de tus ilusiones, de tus esfuerzos, de tus asechanzas y de tu furor.

Sí, cristianos felices; triunfáis, como el Salvador, de la muerte que jamas volverá á venceros; triunfáis del infierno, cuya entrada lográis cerrar completamente á vuestras almas; triunfáis del demonio aprisionándole con duras cadenas, para que en tiempo alguno pueda volver á sorprenderos. Y os aseguro esto con tanta mayor seguridad, cuanto que no solo he presenciado por mí mismo vuestra gloriosa resurreccion, sino que he tenido el indecible júbilo de saber por los otros celosos ministros, mis amados colaboradores en esta sagrada viña, que han visto vacíos vuestros sepulcros, ó por mejor decir, maravillosamente resucitadas vuestras almas á la vida de la gracia, y convertidas en templos vivos del Espíritu santo. Mil y mil veces dichosos! el Señor os llene de prosperidades; el Señor os colme de bendiciones; el Señor haga llover sobre vosotros el rocío saludable de sus inmensos beneficios; el Señor oiga y despache favorablemente todas vuestras súplicas; el Señor os conceda una vida tan dilatada como feliz, una paz tan sólida como general, una virtud tan verdadera como permanente y una gloria tan inmensa como eterna. Vivid felices; aprovechád la gracia de vuestra resurreccion. Disimulád mi ignorancia, mi falta de celo y mis escándalos, y tenédme presente en las oraciones que dirijáis al Todopoderoso, para que en el último de los días logre la dicha incomparable de resucitar en vuestra compañía, y decir al supremo Juez tomándoos por la mano: aquí tenéis, Señor, las almas que os servisteis encomendarme; aquí las tenéis todas, todas, sin que haya perecido ninguna. Amen.

PLÁTICA

SOBRE

LA RESURRECCION DE LOS PECADORES.

PARA EL DOMINGO DE RESURRECCION.

(DE CHEVASSU.)

Surrexit Dominus vere.

El Señor resucitó verdaderamente.

S. Lucas, c. 24. v. 24.

Oíd, hermanos míos, la gran nueva que os anuncio con los discípulos del Señor: Jesucristo ha resucitado verdaderamente. Las profecías, las figuras, las palabras de este Dios encarnado, que para prueba de su poder y de su divinidad, habia dado la señal de Jonas y se habia obligado á reedificar el templo de su cuerpo en tres días despues de su destruccion; acaban de cumplirse por nuestra dicha en aquel famoso combate, en que la vida y la muerte disputaron la victoria, suceso de que dependia, segun el Apóstol (1), la predicacion del Evangelio y el establecimiento de la Fe. El Señor de la vida, que la habia perdido voluntariamente, ha triunfado de la muerte. La gloria que al parecer acompaña á los hombres grandes durante su vida, los desampara en el sepulcro, pues no desciende con ellos á esta triste morada de humillacion y de flaqueza; pero no sucede así con el Hijo de Dios: aquella gloria que parecia haberle abandonado en los misterios de su vida temporal, le acompañó en el de su muerte y bajó con él al sepulcro, de donde acaba de salir glorioso é inmortal. Jesucristo, vuelvo á decir, herma-

(1) I. Cor. c. 15. v. 14.